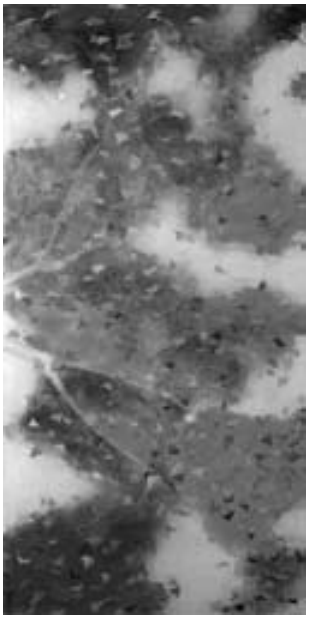
Cecilia Domínguez Luis



MARGA HOYO, ENTRE LA LUZ Y LA SOMBRA

La pintura de Marga Hoyo, al igual que su trayectoria artística y vital, es una búsqueda de espacios donde encontrarse. Unos espacios que la pintora recorre en ese juego o lucha entre contrarios: dentro y fuera, lleno y vacío, luz y sombra…, que, inevitablemente, llevan consigo otros espacios más esenciales: amor y odio, vida y muerte…

Espacios, interiores y exteriores que explora, sondea y a los que pregunta, en un intento de explicar y representar el mundo en que vive y conseguir, en este juego de oposición y complementariedad, la armonía que, en el fondo, desea.

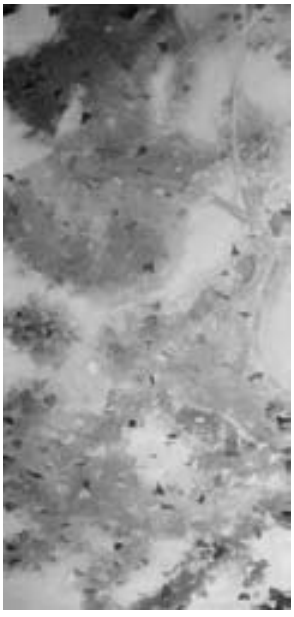
Si en la exposición anterior, el espacio era la casa y los pueblos, ahora se hace, supuestamente, exterior, como si

con ello cumpliese con ese ideal de correspondencia y armonía vital: la casa y el jardín, el pueblo y el bosque. Y digo que supuestamente, pues cada árbol, cada hoja, lleva en sí mismo un mundo íntimo, complejo y propio.

La mirada de Marga Hoyo se detiene ahora en la naturaleza para intentar entablar un diálogo con la magia que oculta un árbol o una flor, aunque mantiene siempre un pie en la realidad de cada día.

La pintora busca, y en su búsqueda recurre a la palabra escrita y así Rilke, Neruda, Loynaz o Benedetti le hablan, desde su lejana cercanía, de la razón y la necesidad de ser luz y sombra al mismo tiempo, de sumergirse en la esencia del árbol y del fruto, de ser raíz y rama. Convencida de ello, Marga Hoyo recorre su jardín y lo contempla a la luz de esas otras voces, o sale en busca de nuevos espacios donde encontrar la sombra de otros árboles que atrapen su mirada.

Entonces, los ojos de la artista apresan el espacio del árbol o la flor, de la hoja que resiste o de la que cae. Todo le es necesario en esa lucha -o tal vez unión- de contrarios, donde el uno necesita del otro para existir. Y de esta manera llega a ese lugar secreto donde la naturaleza hace posible el árbol y ella se acoge a su sombra mientras contempla la luz intensa que cae más allá de sus pies. Una luz que la lleva más allá de sí misma.



Luego toma el lienzo y empieza a trasladar ese mundo vegetal que ella recuerda, sueña o intuye, a través de una mirada distinta con la que la artista contempla y que va más allá de lo que ve.

Y surgen los colores vivos, la sensualidad, la luz y, en la aparente quietud de la tela, se produce la transición de las ramas del árbol, del azul al verde, del verde al naranja, enlazándose, sin que apenas nos demos cuenta, de un lienzo al otro del hermoso políptico.

Las diferentes texturas de los cuadros nos advierten de su lucha, del deseo por reafirmar en el lienzo la identidad de ese mundo vegetal, complejo y misterioso que le ofrece promesas de luz bajo sus ramas. Y allí se hacen

doradas las hojas de la palma al mediodía y el verde flamboyán o la umbrosa ñamera rescata los suaves sonidos de la tarde cercana.

Las hojas y las flores requieren espacios más íntimos y los lienzos se convierten en pequeños cuadros de luminosidad colorista y cálida. Para ello, fija la intensidad de su encuentro con miles de notas de color y una luz que se deshace de toda oscuridad. Es todo luz. La sombra se adivina más allá de los lienzos.

Pero aún nos falta el bosque y entonces aparece el gris, un color recurrente en los cuadros de Marga Hoyo; tal vez porque es un color intermedio entre la luz y la oscuridad; un color complejo que participa de ambas sin ser una ni la otra. O tal vez por ser el color que conduce a la pintora hacia los enigmas del día y de la noche, de la vida y la muerte.

Y en gris se alzan los árboles, como columnas o lanzas que se yerguen y traspasan el lienzo, invitándonos a imaginar sus copas, los nidos construidos en sus ramas, los frutos ofrecidos.

Pero no acaba ahí su viaje. Marga Hoyo no deja de buscar y ensayar nuevas formas para plasmar lo que ve y lo que sueña, sus obsesiones y sus deseos. Y aparecen los pequeños grabados en linóleo.

No hay un antes o un después en estos grabados; no son un ensayo o un boceto para el resto de la obra, no están al servicio de su pintura. Estos grabados tienen autonomía propia, valen por sí mismos. En ellos, el juego de lo lleno y lo vacío se hace más palpable en las incisiones meditadas pero seguras de la artista.

Del deslumbramiento de sus lienzos pasamos ahora a la mirada reflexiva de estos grabados que nos hablan de nuestra dualidad, de nuestra condición de seres contradictorios. Entonces, buscando nuestro propio rescate, volvemos de nuevo a la luz de los cuadros, para encontrar en ellos el refugio, la sombra cálida que nos ofrece Marga Hoyo, bajo la atenta y protectora mirada de su flamboyán.